

CARTA ARQUEOLÓGICA

EL SIGNIFICADO DEL MARTIRIUM

El término griego “martyr” significa “testigo”. Ningún término más adecuado para referirse a quienes han preferido morir antes que negar a Cristo. Los mártires hacen presente la afirmación clave del Concilio Vaticano II: “Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (Gaudium et spes, 22). Ellos manifiestan que sólo desde Cristo, el ser humano es capaz de encontrar su verdadera identidad y dignidad.

Demasiadas veces, el mártir aparece como un personaje del pasado, extraño a nosotros, y que sólo recordamos con ocasión de determinadas festividades. Descrito como un héroe sobrehumano, parece una pieza de museo. Pero el mártir es nuestro contemporáneo. No es el fruto de una improvisación humana, ni de un acto heroico casual, sino manifestación de una vida concebida para entregarse.

Paradójicamente, entregar la propia vida por no renunciar a Cristo es la máxima expresión de la libertad, porque sólo el esclavo antepone el seguir viviendo a todo lo demás. Frente a la peligrosa confusión del bien y del mal, los mártires son signo de la santidad de la Iglesia, hacen plenamente creíble el Evangelio.

De la sangre derramada por confesar a Cristo, surge una fuerza que provoca la conversión de quienes lo contemplan. Porque la comunidad de la fe recibe beneficios siempre que uno de sus miembros entrega su propia vida. De ahí que los artistas los representen sosteniendo una palma, signo de victoria. Cristo ha vencido la muerte, por eso el martirio es un acto con el que se sigue viviendo. Supone la mayor esperanza de todas: la certeza de vivir para siempre.

En el siglo VIII, Córdoba alcanza un extraordinario florecimiento, convirtiéndose en la Bagdad de Occidente. En su corte califal se vivía una “dolce vita” inmersa en el lujo y en el placer.

Los gustos orientales se ponen de moda y el exotismo de la cultura islámica se convierte en un reclamo atractivo. El supuesto clima de tolerancia e intercambio cultural refuerza la fascinación que ejerce el califato omeya.

Pero aquel falso idilio tiene un lado oscuro y violento. De acuerdo con la ley islámica en la conquista de una tierra no musulmana, a la población que no abrazase el Islam se le garantizaba la vida y la propiedad, aunque con limitaciones. Además de las confiscaciones de bienes, los cristianos estaban obligados al pago de impuestos especiales, y no formaban parte del estado islámico.

Tenían que vestir con distintivos, no podían montar a caballo o llevar armas, ni casarse con mujeres islámicas. Podían ejercer su culto propio, pero no de forma

llamativa, y desde luego, nunca en los siguientes casos, en los que había condena a muerte:

- Haber contraído matrimonio con un árabe y seguir practicando la religión cristiana.
- Ser hijo de matrimonio mixto y practicar la religión cristiana.
- Haberse hecho musulmán, muchas veces por presiones o engaños, y luego apostatar (renunciar al Islam).
- Insultos al profeta Mahoma, que podían consistir simplemente en no reconocerlo como mensajero divino.

La fe estaba obligada a encerrarse en un gueto; podía conservarse como conciencia privada, pero el anuncio de Cristo estaba prohibido bajo pena de muerte. Y lo que es peor, para muchos cristianos, la tentación de adoptar el modo de vida impuesto por el dominador árabe era muy fuerte.

Existían todos los ingredientes para que la alianza con el poder fuese la vía más útil, razonable y realista. Eran seductores los privilegios para quien aceptaba comportarse como un súbdito dócil y respetuoso del poder. El silencio del anuncio del Evangelio aparecía tan justificado que algunos incluso juzgaban como imprudente la actitud de los mártires.

Gran parte de la Iglesia se sumó a una corriente que sostenía esta vía, cuyos beneficios inmediatos eran apetecibles, pero cuya consecuencia era una islamización de la vida y una muerte dulce para la iglesia.

Pero no todos se dejaron llevar. Entre los mozárabes surgió un movimiento de resistencia de laicos, sacerdotes y monjes que, desafiando al poder, quisieron testimoniar públicamente su fe en Cristo, incluso a costa de la persecución y el martirio. Son los llamados “mártires voluntarios”.

Aquel movimiento martirial supondría un auténtico acontecimiento social, político y cultura que, conseguiría reconstruir la Iglesia en medio de una situación de apostasía y enfriamiento de la fe cristiana. Se trataba de un fenómeno que iba a marcar, no sólo la historia de Córdoba, sino la de la Iglesia universal.

Algunos tachan de provocadora esta actitud valiente de los cristianos, ya que acudían voluntariamente a confesar a Cristo. Pero la historia habla por sí misma: los cristianos eran marginados y humillados en legislación y en la vida social, especialmente durante el reinado de Abderramán II y Muhammad I. Insultados, amenazados y torturados, recibían la muerte por no renegar de su fe.

Estos “martirios voluntarios” no eran suicidios patrióticos, ni un modo de rebelión política frente al invasor, sino la plena identificación con el Crucificado. Pero no bastaba con arrancarles la vida, hasta el título de mártires se les quería quitar.

Además del deseo de santidad y la certeza de la vida eterna, había otra motivación al martirio: el celo por anunciar el Evangelio a quienes no lo conocían. Para

quienes compartían la misión apostólica de la Iglesia, anunciar a Cristo era una responsabilidad.

Ante el enfrentamiento entre dos modos opuestos de concebir a Dios, al mundo y al ser humano, aquellos cordobeses no quisieron responder con más armas que sus cuerpos ofrecidos a la tortura y a la muerte. Eso sí, aquel sorprendente modo de luchar iba a suponer una revolución que dinamitaría los cimientos de la sociedad musulmana.

La radicalidad del martirio suponía un auténtico campo de batalla en el que el amor vencía. De un modo increíble, un grupo de amigos abrazados a Cristo estaba protagonizando una auténtica regeneración de la fe y de la presencia cristiana en la ciudad de Córdoba.

Son muchos los cristianos que perdieron la vida durante la ocupación musulmana en Córdoba. No los conocemos todos, pero el “Memorial de los santos” de San Eulogio recoge datos históricos de la mayoría de estos santos, datos muy fiables debido a que el autor era contemporáneo a los martirios, y amigo personal de muchos de los mártires.

En éste capítulo sólo se presenta una selección de ocho historias, pero podrían mencionarse muchas otras, como las de los laicos Witesindo, Sancho, Servideo, Jeremías, Poposa, Leocricia, Venidle, Digna, Argétea, Vulfua, Luis, Argimiro, Adolfo y Juan; los presbíteros Gumersindo, Abundio, Anastasio, Elías, Amador y Pedro; los monjes Isaac, Cristóbal, Servideo, Leovigildo, Fñandila, Teodomiro, Pedro, Rogelio, Pablo, Félix, Isidoro, Wistremundo, Habencio y Jeremías; los diáconos Walabonso, Emila, Sisenando y Pablo.

Aunque parezcan sólo nombres extraños, detrás de cada uno de ellos hay vidas concretas, historias de fe, esperanza y caridad. No son historias de muerte, sino de amor, un amor tan grande que lo pospone todo, incluso la propia vida.

La comunidad mozárabe vivió con una extraordinaria intensidad estos martirios. De hecho, estas muertes afrontadas en nombre de Cristo nunca eran acciones individuales, sino que constituían el fruto de una fe vivida en comunidad. Una comunidad de cristianos, un grupo de amigos que compartían sus vidas, que se sostenían mutuamente con la oración, que celebraban la Gracia recibida en los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía.

Es estremecedor el relato de San Eulogio describiendo el modo en que los cuerpos de los martirizados eran rescatados y custodiados por los cristianos. En torno a sus reliquias surgiría un culto a los mártires cordobeses que iba a tener una enorme repercusión en la comunidad cristiana de la España medieval.

El movimiento de los mártires de Córdoba no se extingue con la persecución, sino que continua y se refuerza en las comunidades dispersas por los campos y las sierras de la provincia, y será encontrado todavía vivo por los reconquistadores cuando arranquen las tierras del califato de Córdoba a la dominación árabe.

Este modelo mozárabe goza de una enorme actualidad. Un modelo que presenta una mayoría dispuesta a obtener de la secularización el máximo de beneficios, y un

grupo de fieles que seguirá creyendo en la novedad y el atractivo del anuncio cristiano. No es difícil intuir que la crisis mozárabe se identifica con la crisis de la Europa cristiana.

Bibliografía: Testigos de Cristo. Los mártires de Córdoba. 2005 Diócesis de Córdoba.